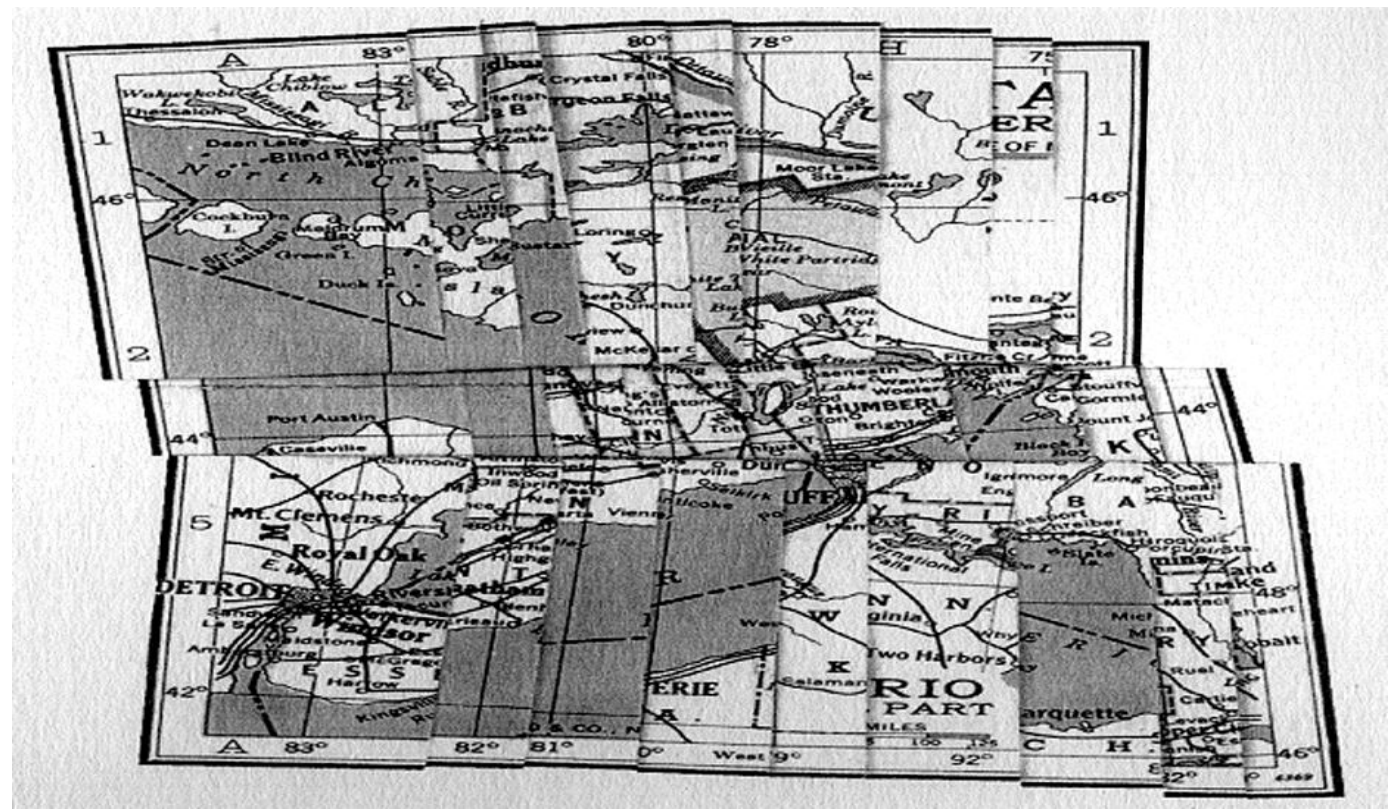


DESDE EL LÍMITE Y LA FRONTERA.  
LUIS GIL PITA.



#### LÍMITES, NATURALEZA Y ARTIFICIO.

Podemos acotar la definición de espacios de límite o frontera como aquellas zonas de vacío u obstáculo que están conformadas en una naturaleza no practicable, en la que el movimiento se ralentiza por la dificultad del tránsito. Un concepto cuyo origen podría estar en el accidente geográfico que separa mundos distintos, ordenando el medio de una forma natural. Aunque más tarde, a través de lo cultural y político, surge un nuevo sentido de lo fronterizo en el que sus características son aportadas artificialmente, bien utilizando el propio accidente natural al que se añaden normas o leyes o bien construyendo un límite ex-novo. Acotar pues el origen del límite en función de su procedencia natural o artificial y de los usos derivados de esta diferenciación es imprescindible para la posterior interpretación de las formas de vida que sobre este espacio indeterminado se generan.

La frontera como espacio que se opone al tránsito, exige esfuerzo, determinación, cambio formal o fundamental no sólo para ser transgredida y superada sino en el caso de que ella misma deba ser habitada de manera temporal o continua. El salto de un medio a otro hace necesaria la introducción de una técnica que haga posible la supervivencia en el otro margen, la transformación y adaptación de la vida al sistema contrario (el descubrimiento por Darwin de una teoría que justifica la evolución de las especies tuvo su punto de inflexión más importante justo en esa línea que marca el paso de la vida en el mar a la vida en la tierra, uno de los más delicados y complejos de dicha evolución). Por eso el límite y la frontera son el lugar (o el no lugar) donde la transformación para poder seguir

Este proceso de acercamiento genera una insatisfacción por lo inabarcable del viaje del conocimiento en o a través de un límite que se mueve y transforma cuando menos al mismo ritmo que su perseguidor. Sin embargo el artista como habitante de ese espacio no deja de buscar nuevos lenguajes que definan y aclaren esta indeterminación adaptándose continuamente a dicha inestabilidad. Debiendo ser precisamente ese su espacio natural de trabajo, donde conseguir perspectiva tanto interior como exterior de la contemporaneidad que soporta su análisis.

1. Bourdieu, Pierre. "Contrafuegos". Edit. Anagrama, Col. Argumento. Barcelona, 1999.
2. Jarauta, Francisco. "Qué pasó con Ulises". Mundialización y Conflictos civilizatorios. Foro de los Noventa. Francisco Jarauta editor. Murcia, 1998.
3. Mari, Bartomeu. Director del Witte de With Center for contemporary art, Rotterdam.

Las ces imágenes que, ilustran este texto, pertenecen a la exposición "Difusión: construcción" de Luis Gil Pita (2001).



empobrecimiento físico pero en el que, al mismo tiempo, ese espacio personal vaciado se va llenando con la riqueza de una percepción sobre lo colectivo, un darse cuenta sobre la posición y el valor del individuo dentro del todo. En esa dirección el ciudadano, alienado por la ciudad y lo urbano, se recupera como habitante y ciudadano. Un ciudadano que, aunque apartado o marginado, es consciente de sus pisadas.

Pero también existen otros muchos, aunque menos reconocibles, habitantes del limes. Están los que surgen de actividades artístico-comerciales basadas en el arte bajo la carpa, ya sea circo, teatro, o atracción de feria donde las relaciones de grupo observan una consciencia de comunidad y de interdependencia y colaboración en muchos casos más elevada que en la mayoría de sociedades tradicionales estáticas. Estos habitantes especiales viven lo cooperativo como aglutinador de diferencias que salvan un objetivo común, la supervivencia.

Por fin el límite ha sido también el espacio de vida o trabajo de los creadores, de los pensadores y de los investigadores. Son los Ulises que Francisco Jarauta (2) nos explica como hombre que parte, que se hace preguntas y que va más allá de las evidencias consagradas y protectoras convirtiéndose así en hombre frontera. Sólo saliendo del espacio propio y común de la cueva es posible descubrir un mundo nuevo y diferente al de la sombra. Así el descubridor o intérprete de formas o ideas sufre una continua readaptación en busca de una meta, un horizonte que soporte la tensión de su actividad. Horizonte que se mantiene inalcanzable pues a cada llegada o descubrimiento se amplía de manera instantánea (3).

existiendo al otro lado debe producirse. Ese esfuerzo, ese derroche, es uno de los indicadores de que nos movemos en la franja separadora, en los márgenes de mundos cercanos pero separados. Salvar el límite y rebasar esa resistencia implica derrochar energía y reconocer la posibilidad de fracaso a su transgresión o uso, dependiendo esa lucha fundamentalmente de la intención y de la preparación previas para superarlo. A esta innata física del límite se ha ido añadiendo un vocabulario específico relacionado con la idea de evitarlo como accidente, donde vadear, bordear, saltar, atravesar y penetrar, acumulan en su interior el significado de salvar la resistencia y la oposición al tránsito.

El rebasar y evitar la frontera exige, entonces una transformación en la manera de pensar, en la forma de afrontar la vida diaria, que debe contagiarse de algo parecido a la actitud del atleta que salta. Éste intenta transformar la dinámica común de la carrera mediante la técnica del salto (lo que comúnmente denominamos maña) o mediante el instrumento (la pértiga, la máquina que el plan diseña con el objetivo de ayudarse) para evitar el accidente. Así visto "el Caballo de Troya" es una de las más bellas y sutiles soluciones que la historia nos ha dado como paradigma del instrumento al paso por el límite y la frontera. La construcción de un habitáculo contenedor móvil (una primera y circunstancial máquina a habitar), un refugio a la inteligencia capaz de atravesar una frontera. Es el ingenio, la máquina que se desarrolla como estrategia de lucha (al igual que lo puede ser la pértiga) y donde atravesar significa colarse literalmente, emplear el engaño y la planificación, la previsión y la anticipación necesarias para salvar un obstáculo inabarcable en otras condiciones. La energía no es así requerida en el sentido físico de la cantidad y la fuerza, como en otros desbordamientos de la frontera, sino en el intelectual, en el engaño analizado y sopesado, una de las pocas formas para atravesar o sobrevivir al límite.

## LA FRONTERA, ESPACIO DE INDETERMINACIÓN.

La naturaleza de la frontera ha asumido como característica intrínseca la de ser área de peligro, espacio de inseguridad, en el que el desarrollo de las tareas esenciales de la vida exige un estado de alerta casi continuo (pues representa el lugar natural para el intercambio de energía) donde ésta se libera o se integra en nuevas áreas, lo cual supone un constante reequilibrio de las fuerzas que sobre ella actúan. Zonas que hacen necesario el soltar o absorber energía para pasar de un nivel o estado superior a otro inferior y viceversa (Planck).

El espacio limítrofe, visto así, arrastra un pesado equipaje cultural que constantemente nos lleva a identificarlo de forma negativa, debido a que tradicionalmente ha sido área y espacio donde los pueblos dirimen sus diferencias y discrepancias políticas o económicas convirtiéndose en muchas ocasiones, el propio espacio físico de la frontera, en origen de dichos desencuentros. Lejos de esta percepción, o paradójicamente cerca, se encuentra la actitud, en este caso positiva, del espacio fronterizo como lugar de acercamiento entre mundos, espacio para el encuentro y confraternización, donde podemos emplear vocablos que se refieren al límite con una afección positiva, como lugar de encuentro, intercambio, acercamiento, acceso, etc. Entonces a la idea ya expresada de borde como espacio de conflicto, guerra y defensa, hay que añadir necesariamente el de barrera o membrana que permite el fenómeno de ósmosis y enriquecimiento del interior a través de lo extranjero. Donde se puede percibir que, en el fondo, el límite es capaz de subvertir ese significado de peligro e incertidumbre en otro de enriquecimiento para la actividad humana. Así entendido, el espacio fronterizo también tiene vocación para la comunicación y el trasvase de las ideas y los mundos interiores

También hemos de ver como ciudadanos del límite a aquellos que usan ese espacio liminar como lugar de habitación, los desheredados de las distintas sociedades estáticas, el marginal y el indigente, los exiliados de la razón; todos ellos viven una parcela de mundo extramuros cultural y social. Paradójicamente, un mundo limítrofe que no siempre debe entenderse con la carga negativa y de resentimiento que la sociedad tradicional le aplica, sino como espacio para ejercer la libertad. El hombre que vive en el espacio de tránsito, en el espacio público por decisión propia (o por restricción del resto de la sociedad) lo hace, en más casos de lo aparente, de forma mucho más consciente, sobre la vida que habita, que el ciudadano estable según el canon tradicional.

Este espacio de fuga por el límite, por el espacio público, donde Jack Kerouac se sitúa (habría que decir mueve, pues el habitante del límite rara vez está quieto) a sí mismo y a los personajes de su narración, es el área de la libertad individual máxima, entendida a través del viaje, exterior e interior. Un espacio público y abierto, aunque cada vez más restringido, donde vivir sin las cargas de la propiedad individual, en oposición a un espacio privado y a otro comercial (falsamente público en cuanto lo es por un fin privado bien definido) que se encuentran estáticos y controlados. El espacio público puede, por tanto, convertirse en hueco o resquicio donde vivir lo fronterizo, una vida colindante a la de los demás, pero de sentido opuesto, que discurre en lo común pero que asegura la intimidad y la introspección cuando es voluntaria. Como el lugar donde se desarrolla la vida de los hombres y mujeres en la obra de Paul Auster, habitantes comunes que por el azar descubren la calle como lugar de vaciamiento de su anterior vida y

refugiados, donde las personas no sólo sufren las deficiencias materiales de un espacio sin más infraestructura que el amontonamiento, sino el desarraigo por la lejanía del lugar origen que procura memoria colectiva. Estas situaciones que nacen con vocación circunstancial o temporal añaden a su marginalidad original, el agravante de su estancamiento y consolidación, situaciones que se enquistan en lo inhóspito durante largo tiempo.

Ejemplos como los de los desplazados en los conflictos de oriente próximo, África o el exilio de pueblo saharauí en Tinduff son experiencias a analizar, en particular, porque la demora de situaciones pensadas como circunstanciales las convierten en continuas de manera que afectan a generaciones enteras.

La mayoría de los habitantes habituales de la frontera hoy en día derivan de las situaciones de penuria económica, de guerra o de la persecución política y étnica de que son objeto en sus países. Son hombres y mujeres que esperan el salto, la llegada al paraíso que no asegura una vida cómoda o digna pero sí, por lo menos, la vida. Después de dicho salto el hombre o mujer se convierte en el inmigrante que se vacía culturalmente para poder sobrevivir en un espacio ajeno. Ese vaciamiento se categoriza desde la llegada del "espalda mojada", del grupo de la patera adjetivándolo como "clandestino" y que ya todos asimilan al término "inmigrante"; ¿no se tratará, tal como Pierre Bourdieu (1) explica, de crear una identificación verbal y mental entre el paso clandestino de las fronteras por los hombres y el paso necesariamente fraudulento de objetos prohibidos, como las drogas y las armas?. De esta manera se establece una confusión que permite considerar a los hombres aludidos como criminales.

a través del contacto de lo extranjero y desconocido. En esta dualidad, en esta guerra de significados opuestos entre el litigio y el contagio positivo, es donde el límite desarrolla su naturaleza más auténtica y real como generador al mismo tiempo de muerte y vida. Durante miles de años, antes de la llegada de las nuevas tecnologías de comunicación, el intercambio económico y cultural entre los pueblos sólo era posible a través del borde geográfico, donde los barcos podían arribar o por donde las caravanas podían cruzar o bordear. Este mestizaje producido por el contagio del otro lado de las fronteras ha sido el responsable principal de fenómenos de enriquecimiento cultural de incalculable valor, de los cuales uno de los más cercanos fue el producido por la cultura musulmana en la península ibérica.

A este movimiento, desde la frontera de contagio hacia el interior, bien pacífico o por agresión, le ha acompañado continuamente la contraidea de reconquista no sólo territorial, sino de recuperación o de reimposición de cultura supuestamente propia, a veces no tan real como imaginada o idealizada. Estos fenómenos han venido funcionando a lo largo de la historia a la manera del mecanismo sístole-diástole añadiendo a la recuperación de lo estrictamente físico, el territorio del que antes hablábamos, la circunstancia política que introduce el germen nacionalista discriminador del hombre o mujer que proviene del otro lado de la frontera, el individuo que no pertenece al clan o grupo social-tribal originario y que por una estancia prolongada se convierte en habitante ya no circunstancial sino que, integrado en el nuevo territorio a lo largo de varias generaciones, se transforma en un atrapado cultural de esa reconquista.

El límite, como espacio de intercambio, ha cambiado en el mundo actual en tanto que el contagio cultural o económico ya no necesita bordear o romper físicamente la frontera para introducirse en otras realidades contiguas. Este nuevo comportamiento tiene parte de sus orígenes no sólo en los nuevos avances en materia tecnológica sino en el uso que se hace de ellos bajo pautas enraizadas en la visión que sobre el mundo aporta la cultura norteamericana. Ésta basa parte de su argumento vital en la ausencia del concepto de frontera, aunque en realidad y paradójicamente no se trata tanto de una ausencia como de una transgresión continua de ella. Una transgresión inicial que nace con el abandono del viejo mundo, pero que no se conforma con la llegada a un nuevo continente, ni con el avance constante en esa dirección original hacia occidente.

La geografía ha dejado de ocupar un papel fundamental en la definición y acotación de la frontera, de lo que está dentro y de lo que está fuera. La noción de borde geográfico ha perdido sentido, diluyéndose igual que la muralla y la protección del fortín perdieron significado desde que la ingeniería militar diseñó el proyectil capaz de atacar y destruir el interior de la ciudad sin acercarse a ella, debiendo en ese momento la estrategia de defensa concretada a través del instrumento del recinto amurallado variar y transformarse. La naturaleza de los cambios técnicos y culturales que estamos viviendo nos obliga de la misma manera a replantear el sentido del límite. Un límite que tiende a virtualizar su parte física, pero que lejos de ablandar el viejo control lo reafirma mediante un feroz sometimiento comercial.

Indefinición e incertidumbre, franjas espaciales compelidas a una continua readaptación de la ecología que los habita y que incluyen los comportamientos del hombre y a las ciudades cuando forman parte de su naturaleza interior.

#### LOS HABITANTES DEL LIMES.

Toda la intención puesta en el estudio de la frontera no tiene sentido alguno sino es en función de la preocupación por la situación, temporal o continua, que sufren sus habitantes. Hombres y mujeres, que vistos bajo diferentes perspectivas, se encuentran sujetos a un sobre-esfuerzo en la lucha diaria por la vida.

A las carencias físicas que supone habitar el límite hay que sumar la ausencia de un soporte social tan amplio como el que se da en las estructuras de convivencia estática. Las estructuras sociales comunes en el limes, cuando existen, son sentidas o vividas a un nivel más básico. La tribu o el clan que viaja sin muchos más añadidos políticos o directores que la tradición o el jefe que orienta ciertas pautas. Ésta era la configuración básica para los pueblos de distintas áreas del planeta que se caracterizaban por la ausencia de un lugar constante de residencia y que organizaban su movimiento en función de una economía de supervivencia entorno al comercio o a los ciclos estacionales que influían en las cosechas y en los pastos para el ganado.

Una categorización fundamental y primaria es la que se establece en función de si el uso del espacio fronterizo se hace de manera voluntaria o forzada. Si fuese voluntaria estaríamos en algunos de los casos anteriormente citados, los menos, habitando naturalezas hostiles pero desde la libertad que procura la elección personal. Si hablamos de obligatoriedad, ya sea ésta forzada por causas políticas o económicas, entonces estamos en un espacio frontera de conflicto, el más común en la actualidad para los habitantes del límite. Son las áreas segregadas por conflicto, las comunidades desplazadas, los campos de